

MANIFIESTO II (EL DÍA DESPUÉS)

El día que realizamos la intervención, los diarios titulan el día con la noticia de un niño muerto por desnutrición. Me siento un estúpido jugando con muñecos. Me veo a mí mismo en los medios y me avergüenzo de ser un parásito hablando de arte. Me preguntan si esta experiencia es arte. No sé, no me importa. Intento interrogarme, y por ende interrogarnos, hasta dónde somos capaces de llegar con este estado de cosas. Qué nos mueve a tanta indiferencia por el otro, o a tanta violencia. Nosotros, los hijos idiotas de la fiesta menemista y de la resaca delarruista, nietos del aquel tren fantasma que fue el Proceso (el tío Alfonsín por lo menos tenía buenas intenciones, o nosotros aún teníamos esperanzas), ahora andamos como nenes huérfanos temblando por lo que nos pueda pasar (como individuos, como sociedad no nos importa). Cómo caímos tan abajo. Por qué paseábamos tan contentos por los shoppings pisando cuerpos, esos shoppings construidos con pedazos de cuerpos, con parte del cuerpo social, con los restos de los cuerpos que nosotros veíamos con alegría quedar en el camino. Nos subíamos en el avión para hacer nuestro viajecito (como en otras épocas aquellos viajecitos a la península infectada de gusanos, en la cual clamábamos: ¡deme dos!), y cuando aterrizábamos, ¿no nos dábamos cuenta que la pista estaba asfaltada de cuerpos? Sí, lo sabíamos, pero era la fiesta. Hoy sonó la campana de la medianoche, y la carroza volvió a ser calabaza. Pero no nos quitamos las mañas. Seguimos mostrando la misma afilada indiferencia, o la misma indignación violenta por ser perturbados en nuestra individualidad, ignorándonos a nosotros mismos como seres sociales, país de treinta y seis millones de individuos y ninguna sociedad. Aprendimos bien la lección. En eso somos buenos. La picana orgullo nacional.

Trato de calmarme y escribir claro. Para qué. Para defenderme? ¿Para responder a los medios que cuestionan esta intervención, que consideran de mal gusto, pavloviana, peligrosa? ¿Con Tinelli estábamos mejor! Él por lo menos nos hacía reír. Cierto.

¡Basta! Hay que tranquilizarse. Me preguntan si esto es arte, y yo me pregunto qué es el arte. El arte es metáfora para interrogarnos, para buscar desesperadamente develar el secreto de nuestra especie aquí en la tierra, de nuestra finitud y de nuestra condena. Con las herramientas que, como artistas, dispongamos. Que en este caso son muñecos, metáforas implacables de la subespecie "desclasados", que se parecen (pero no son, y por eso la metáfora es hiperrealista, y por eso metáfora) misteriosamente a seres humanos en estado de postración, como aquellos que esquivamos

día a día en las calles de diferentes ciudades de nuestro país y del mundo sin excepción (hasta aún en la mismísima Viena, en donde ya se realizó este evento; cuna de músicos ilustres y de otros monstruos que hicieron historia en magníficas sinfonías de sangre, y cuna de la higiene cívica y otras higienes raciales). Arte disfrazado de realidad, una de las principales características de una intervención urbana, cuyo poder subversivo corroe justamente por mimetizarse con el objeto de la interrogación, y por eso uno se pregunta si es arte o no, y yo mismo me lo pregunto. De lo que estoy seguro es que no se trata de una experiencia sociológica, que no estoy interesado en juzgar comportamientos sociales y que ni si quiera se trata de encuestar al tejido social, caracterizándolo de mezquino o solidario. ¿Y entonces de qué se trata? No sé, quizás hubiese sido mejor quedarme en casa viendo crecer la pelusa de mi ombligo. No. Me quedo con alguna de las imágenes del viernes: aquella anciana que le llevó una taza de café al muñeco, y lo llamaba "señor" (¿cuántos de nosotros tratamos de señor a un indigente postrado en la calle?); me quedo con la imagen de ese hombre asustado que creía que el cuerpo en la calle era *Francisco*, el portero del edificio de al lado, y su posterior alivio (no ira) al enterarse que se trataba de una experiencia estética; me quedo con la imagen de uno de los integrantes del equipo de la intervención acompañando a una señora indigente (que se había querido llevar las ropas del muñeco unos segundos antes) a desayunar a la iglesia. Trato de borrar el recuerdo de los que pasaban sin mirar al costado, de los que insultaban y hasta pegaron para evitar que se ensuciaran con cuerpos indeseables sus aristocráticas aceras, los que nos mandaron al infierno por realizar esta intervención (e ignoran que ya estamos todos en el infierno), al policía que pateaba con furia al muñeco creyendo que se trataba de una persona, a los dueños de aquel shopping que también se creían dueños de la vereda, prepotentes ocupantes de espacios públicos que forzó al equipo ubicado en esa locación a retirarse, presionado por guardias de seguridad y patrulleros policiales, o a aquellos que amenazaron de muerte a compañeros... A todos esos intento borrarlos, pero me vuelven a la cabeza como fantasmas, me marean, me viene la náusea y deseo con todas mis fuerzas que la viejita del café los venza, los convenza, y los arrulle, y los haga buenos, nos haga buenos, a fuerza de caricias y que entonces, de una vez por todas empecemos a ejercer nuestro derecho y nuestra obligación de construir una sociedad más justa... Fin de esta tontería enunciativa. Gesto estúpido de un artista estúpido, como el signo de los tiempos.